

SALA CABIESES

LOS DIOS Y LA ENFERMEDAD

FERNANDO CABIESES

Un misionero jesuita anónimo que escribió a comienzos del siglo XVII, afirmaba que no había en el mundo ningún otro pueblo que fuese más propenso a la superstición que el pueblo peruano de esa época. Decía esto después de haber estudiado las creencias y premoniciones que el hombre común del Perú tenía y de la forma como este interpretaba las expresiones de la naturaleza que lo rodeaba. Desde luego, al ser testigo de una religión que moría, cualquier espectador estaría en la imposibilidad de diferenciar entre una superstición y una creencia religiosa.

Así como la medicina y la religión cristiana estaban íntimamente mezcladas en la cultura invasora, la medicina y la magia se encontraban intrincadamente asociadas en el mundo del peruano antiguo. Las ciencias curativas y los ritos religiosos tenían tanto en común que, con objeto de poder comprender la organización de la medicina incaica como una profesión, se nos hace necesario hacer primero una descripción diagramática de su religión y de sus sistemas de adoración y adivinación.

Hemos esbozado en otras publicaciones el aparente politeísmo caótico que inundó la vida diaria de los antiguos peruanos. Parece paradójico haber tomado lugar sincrónicamente con los avanzados sistemas políticos y económicos que caracterizaron al Imperio incaico. A nuestra mente moderna, esto puede parecer incongruente.

Pero quizás nos parece así solamente porque tratamos de interpretar el pasado peruano bajo la luz de nuestras tradiciones y nuestros actuales conocimientos. O quizás porque lo que vemos de aquel Perú no es sino una vista instantánea de un rápido proceso progresivo dentro de la organización cultural, que fue bruscamente congelado en un momento extraño por el cruel impacto de la Conquista española. Podría decirse también que es posible que el Inca y sus consejeros hubieran descubierto que una completa libertad de culto religioso era necesaria como válvula de escape emocional en el momento en que se organizaba el Imperio.

Parece, sin embargo, que este politeísmo desordenado no era una preocupación menor en la mente de alguno de los Incas. Cabello de Balboa, cronista del siglo XVI, nos dice, por ejemplo, que en el tiempo del Inca Pachacútec se realizó una convocación general de todos los expertos del Imperio para discutir la religión y los cultos, pues el Emperador estaba muy preocupado al haber comprobado durante sus viajes por el Tahuantinsuyo que en cada tierra que visitaba existía una enorme diversidad de sectas, creencias y religiones. Este cónclave se llevó a cabo en el Templo del Sol en el Cuzco y los sacerdotes y magos importantes de todo el Imperio se hicieron presentes. Se dice que la conclusión inicial de este primer congreso religioso del Perú fue que el Sol, el Rayo, la Madre Tierra y otros cuerpos celestes,

en este orden específico, deberían ser declarados como las deidades más importantes en el panteón incaico. Pero pocos momentos antes de que todo este sistema teológico fuera consagrado como dogma, Pachacútec visitó el Concilio y habló en contra del dios Sol. Como Emperador, dijo Pachacútec, el Inca podía hacer lo que deseaba. Podía acostarse o levantarse a cualquier hora del día o de la noche, y trabajar o descansar de acuerdo a sus propios deseos. Era su propio amo. Pero tal cosa no ocurría con el Sol. El brillante rey del espacio no podía cambiar su curso y estaba ligado a reglas invariables que no podía por su voluntad cambiar o evitar.

No podía salir al cielo por las noches, y aun durante el día fácilmente su imagen era obstruida por cualquier nubecilla traviesa. El hombre tenía que aceptar, por consiguiente, que existía una autoridad todopoderosa e invisible que gobernaba los cuerpos celestes.

Un pronunciamiento tan sacrílego debe haber provocado discusiones interminables y acaloradas dentro del Concilio. Si no hubiera sido porque quien así había hablado era el hijo directo del dios Sol, y no se trataba de un simple pronunciamiento personal, sino de la resultante de muchas tradiciones y creencias de diferentes partes del Imperio, probablemente habría sido rechazado con indignación. Sin embargo, se llegó finalmente a la conclusión de que el dios omnipotente era Kon-Ticci-Wiracocha-Pachacamac, un nombre híbrido que representaba un compromiso entre las diferentes tradiciones regionales y que denominaba al creador omnipotente e invisible de todo el universo y el gobernante todopoderoso del mundo.

Esta significativa victoria filosófica de Pachacútec le ganó el respeto de todos los magos y religiosos del Imperio, y provocó



la construcción de un templo al Dios de dioses, a unas cuantas cuadras del templo del Sol. Pero las cosas no cambiaron mucho en la desorganizada liturgia de las religiones menores y mucho menos en las prácticas mágico-religiosas de los hechiceros y magos independientes. El intento oficial de organizar el politeísmo había terminado en la erección de un templo a un dios más. Y cien años más tarde, cuando los conquistadores españoles llegaron, la religión del dios Sol seguía manteniendo las riendas de los aspectos económicos en las prácticas religiosas, pero el polimorfismo religioso continuaba flotando en la mística autóctona.

En efecto, aunque existía lo que puede llamarse una religión oficial centrada en la deificación de los cuerpos celestes, la organización de ese culto no estaba basada sobre misticismo o sobre conceptos sobrenaturales, sino que era una expresión de la doctrina económica y política del Imperio. Era un culto anclado sobre la tributación en nombre del dios Sol, y las ceremonias y festividades religiosas se centralizaban principalmente alrededor de eventos agrícolas, económicos y políticos.